

tenían ya nada que hacer más que discutir; la mayor parte del tiempo discutían en vano, disputaban. En efecto, las riquezas producidas por el comercio y por las cotizaciones de los aliados, percibidas en forma de impuestos, afluían en tal abundancia, que fatalmente la nación entera se hizo parásita. Aristides, que á la sazón era el hombre más influyente, aconsejó á los Atenienses que se erigieran colectivamente en asamblea directora de la Grecia jónica viviendo á expensas de la confederación. Invitó á los campesinos á que habitaran la ciudad donde habría con qué mantenerles en todo bienestar, lo mismo que á los soldados, los funcionarios y toda clase de empleados. El pueblo se dejó persuadir con demasiada facilidad, y, según lo que refiere Aristóteles en su *República Ateniense*, la mayoría de la nación — más de veinte mil ciudadanos, sin contar los esclavos — vivió del presupuesto nacional. Ese parasitismo, practicado siempre por los vencedores á expensas de los vencidos, pero que jamás había tomado ese carácter normal y legislativo, hubo de producir un grán descontento entre los aliados, convertidos en tributarios y privados de sus propias constituciones: únicamente los insulares de Lesbos, de Chios y de Samos, próximos al Asia y encargados de velar como centinelas contra los Persas, conservaron sus libertades locales. Es casi admirable que una nación transformada en una inmensa asamblea de funcionarios y de políticos haya tenido suficientes recursos morales en sí misma para no cometer más faltas en el interior y más atentados contra sus vecinos; pero sus fechorías bastaron para hacer estallar revoluciones y guerras en todos los puntos de la Grecia vasalla. Verdaderamente que los Atenienses hubieran tenido mil veces razón para condenar al ostracismo á Aristides, si lo habían hecho, no por cansancio y deseo de novedades, sino en castigo de haber inducido al pueblo á cambiar los esfuerzos diarios del trabajo por las rentas gratuitas y las vanidades de la facundia política.

Otro hecho gravísimo consistía en el desarrollo de la gran industria, fenómeno que se puede comparar al que se ha producido en los tiempos modernos en el mundo civilizado en proporciones mucho más extensas. La fábrica tenía por consecuencia un desarrollo rápido de la esclavitud, no de esa esclavitud de familia, tal como había existido durante el período especialmente agrícola de la historia griega, sino

de una servidumbre que se desentiende por completo de los intereses del individuo y que subordina enteramente á las conveniencias del patrón. Los fabricantes reclutaban por la compra los hombres que necesitaban, y en los lugares bien situados para el comercio se establecieron grandes mercados de esclavos. Dicen los antiguos que la isla de Chios fué la primera comunidad helénica que se dió por especialidad el tráfico de los hombres, y las ciudades que más recibieron, Corinto, Atenas, Egina, Siracusa, fueron también los grandes centros industriales de la época. En vano algunos ciudadanos como Perianandro en Corinto, trataron de oponerse á la importación de los esclavos: contra ellos fué harto poderosa la liga de los intereses industriales¹.

Pronto comenzó de nuevo la lucha entre Esparta y Atica, después la peste, aportada por los barcos de Egipto, diezmó las poblaciones de la Grecia del Norte. Las «metabolías» ó transformaciones, que se suceden en la historia interior de Atenas², guerras, revoluciones y contra-revoluciones, expediciones desastrosas, tiranías



Museo del Louvre.

Cl. Giraudon.

APOLO SAURÓCTONO (MATADOR DE LAGARTOS)

Estatua de Praxiteles.

¹ Ed. Meyer, *Die Sklaverei im Altertum*.

² Aristóteles, *La République Athénienne*, edición Th. Reinach, cap. XVI, § 41.

y rebeldías, ejecuciones y matanzas, continúan devastando los territorios de las ciudades griegas, hasta en el Asia Menor y en Sicilia, mientras que en el Norte se engrandece la monarquía de Macedonia, preparándose arteramente para la conquista de las repúblicas debilitadas. Sin embargo, hicieron en el intervalo nobilísimas tentativas en vista de la reconciliación de los Helenos, por la conservación y aun el establecimiento de todas las repúblicas pequeñas y grandes, unidas en lo sucesivo en una vasta federación. Á los Beocios, venidos después que los Atenienses y los Espartanos al pleno florecimiento de su genio, corresponde la gloria de haber intentado esta obra de justicia, á la cual se une el nombre de Epaminondas. Por el respeto de todos los pueblos que representaban el panhelenismo, y por sus felices campañas en el corazón del Peloponeso, restituyeron la autonomía de los Arcadios y de los Mesenios, tanto tiempo dominados; pero Grecia, empobrecida por tantas guerras intestinas, era ya impotente para rechazar una nueva invasión de los pueblos del Norte.

Siglo y medio después de las guerras médicas, Filipo de Macedonia, á quien los Atenienses casi despreciaban como rey bárbaro, pero que era el igual de los Helenos por la inteligencia y su superior por la táctica militar, se sintió bastante seguro de sí mismo para franquear el desfiladero de las Termópilas, se aventuró en las llanuras fatales á Darío y triunfó, gracias á su falange sólida, de las tropas menos disciplinadas de Tebas y de Atenas. Aquello fué, bajo otro nombre, la revancha de los Persas, y podría decirse que hubo una especie de ironía en la proposición de Filipo, quien, para consolarles de su derrota, invitó á los Helenos á ayudarle en una vuelta ofensiva de Europa contra Asia; pero respondieron á su llamamiento con tan mala voluntad, prefiriendo ser ciudadanos libres que soldados de un conquistador, que Alejandro, el hijo de Filipo, tuvo que comenzar de nuevo la guerra de invasión contra Grecia: la destrucción de Tebas, la matanza y la venta en subasta de sus defensores, constituyó el alegre presente de su advenimiento.

Las campañas de Alejandro en el inmenso imperio de los Persas, que comprendía entonces casi todo el mundo conocido, son prodigiosas, y serían inexplicables si la multitud de las naciones que obe-



Cl. Roux.

COLUMNATA DÓRICA DEL TEMPLO DE HELIOS EN CORINTO
SIGLO VII ANTES DE LA ERA VULGAR

decían al «Gran Rey» hubiera formado un verdadero conjunto; pero el inmenso territorio subyugado por los reyes de Persia estaba habitado por los pueblos más distintos de lenguajes, de tradiciones, de costumbres y de intereses; todos demasiado débiles y envilecidos por la servidumbre para reivindicar su libertad propia; demasiado indiferentes al destino de su amo presente para defenderle contra

un extranjero. De ese modo los Macedonios pudieron entrar fácilmente sobre el territorio del imperio, no encontrando á su paso más que ejércitos, pero sin que se les opusieran pueblos. Los Persas tenían la ventaja del número, y los soldados de Alejandro la gran superioridad de los métodos militares; aunque helenizados, no puede decirse, no obstante, que los vencedores representasen el helenismo, porque si los Griegos reunidos en Corinto declararon la guerra á Persia y eligieron como generalísimo al rey de Macedonia, fué por imposición forzada. Se dió el caso de que Alejandro encontró delante de sí, en la batalla de Granico, más Griegos entre sus adversarios que los que llevaba como aliados: miles de hombres que hablaban la lengua de los soldados de Maratón servían en el ejército asiático, no como mercenarios, sino por espíritu de venganza contra el opresor de su patria.

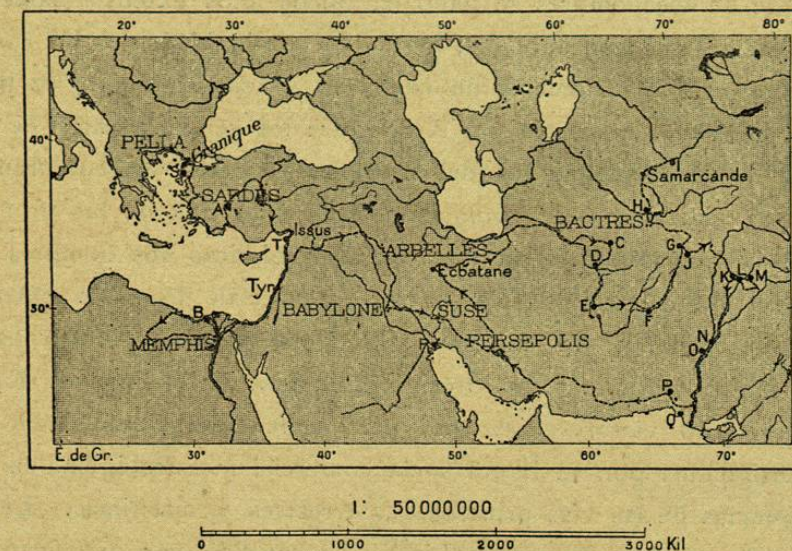
Por su parte, Alejandro no se hallaba satisfecho siendo el primero de los Griegos. Consciente, á pesar de pertenecer todavía á medias al mundo de los bárbaros, impulsado además por la vanidad natural á los que gozan del éxito, lleno de jactancia se glorificaba considerándose como el sucesor de los Akheménidas, y poniéndose en su lugar, fué á su vez el «Rey de Reyes», hizo seguir su nombre de todos los títulos de que se había enorgullecido Darío; tomó las mismas residencias, Babilonia y Suza, por sus capitales, y quiso conquistar todas las comarcas que habían obedecido al rey de los Medas y de los Persas: necesitaba Fenicia, Egipto y los oasis, Irania, Bactriana y Sogdiana, Aracosia, Gedrosia y la India. Pero en el lago de los Siete Ríos hubo de detenerse, allí donde se habían detenido antes los invasores iraníes, y volver sobre sus pasos.

Fué, pues, como soberano de Asia, no como el Aquiles griego, con el cual había gustado compararse en su juventud, como mandó á los pueblos de toda lengua y de toda raza que le fueron sometidos. Además, haciéndose elevar en vida al rango de los dioses, no se había sentado sobre la cima del Olimpo griego, sino que se deificó según ciertos ritos extranjeros y bárbaros. Se vanagloriaba de ser hijo, no del rey Filipo — á quien acaso ayudó á perecer, — sino de una serpiente, diosa de la Tierra ¹, y se hizo reconocer

¹ Michelet, *La Bible de l'Humanité*.

solemnemente en Egipto como salido de Amón, el de los Dos Cuernos. Y lo creyó él mismo, y lo hizo creer de tal modo á los pueblos deslumbrados por su fulgurante destino, que, hasta nuestros días, es conocido en Asia bajo el nombre de «Sikandar el Bicornio».

N.º 170. Imperio de Alejandro.



- | | |
|--|---|
| A. Apolonia, en Pisidia. | K. Bukephalaia, á la orilla del Hydaspes (Djilum), del nombre del caballo de Alejandro, en recuerdo de que allí le mataron. Sobre la orilla opuesta se halla: |
| B. Alejandría de Egipto. | L. Nikæa, probablemente Udinagur. |
| C. Alejandría no identificada. | M. Alejandría de la India, no identificada. |
| D. Alejandría de Aria, HERAT. | N. Alejandría, Veh ó Milhan. |
| E. Proftasia. | O. Alejandría de los Sorios, cerca Kastinur. |
| F. Alejandría de Aracosia, KANDAHAR. | P. Alejandría, Rhambakia. |
| G. Alejandría del Paropamiso, Kherinan, á 15 kilómetros al oeste de Kabul. | Q. Alejandría del Estuario, Sangada. |
| H. Alejandría del Oxus, Satiroi ó Karchi, según los autores. | R. Alejandría de Sucionia, Charax. |
| I. Alejandría la más lejana, KHODJEND, Maghinan, según algunos autores. | S. Alejandría de Troas. |
| J. Nikæa ó Nicea (la Victoria), villa próxima á Kabul. | T. Alejandría, cerca de Issus, sobre el solar de la colonia fenicia Myriandos, hoy Iskanderum ó ALEXANDRETA. |

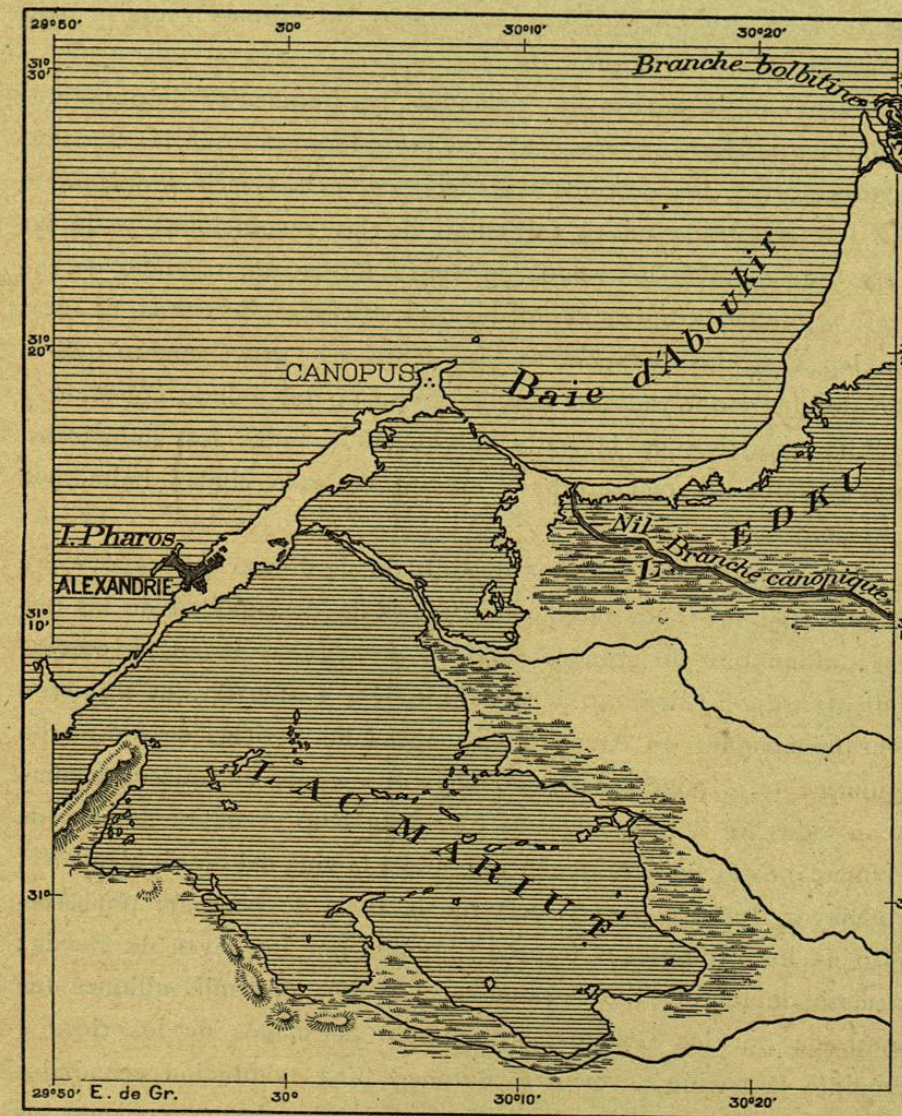
Aunque Alejandro hubiera sido el violentador de Grecia y no haya representado el genio de los Helenos en la vertiginosa conquista del mundo conocido, iba, no obstante, acompañado de muchos hombres de claro entendimiento, y las comarcas orientales se abrieron ampliamente á todo lo que venía de las pequeñas repúblicas de

la Hélade, haciéndose sentir en grande su influencia en toda aquella parte de Asia, que antes les estuvo casi cerrada, y donde se encontraron y mezclaron con las ideas y las concepciones de los Iranios y de los Hindus para mezclarse directamente con ellos. Las conquistas de Alejandro fueron de ese modo la ocasión de una de las más importantes evoluciones de la historia mundial. El universo consciente de los hombres se halló en pocos años extensísimamente engrandecido, más que doblado; hasta por continuidad, por los rumores lejanos, las divergencias de corriente y los remolinos, se produjo el contacto en medio del Asia entre los representantes de los pueblos mediterráneos y los del Extremo Oriente. Se comprende, pues, que esta época de conmoción haya sido una de las grandes eras de la humanidad. En las leyendas asiáticas los nombres de Alejandro, de Rustem, de Zoroastro, se mezclan de modo extraño con los de Salomón, de Mahoma, y de personajes más modernos.

El conquistador macedonio erigía columnas en los lugares donde había obtenido victorias; de esa manera fundaba ciudades en los sitios designados por su importancia comercial y estratégica, en las convergencias de las vías principales, terrestres y marítimas. En la elección de algunos de esos sitios se ha querido ver un efecto de su genio, como si el concurso de las naciones hacia tal ó cual «Alejandría» no procediese de la fuerza misma de las cosas, de la necesidad de la evolución histórica. Muchas Alejandrías desaparecieron porque no se habían fundado en uno de esos lugares antes indicados: la de la India no existe ya, y en vano se buscan sus huellas, mientras que la soberbia Alejandría de Egipto llegó á ser una de las capitales del universo y fué durante un tiempo el foco más activo de las ciencias y del pensamiento, habiendo permanecido hasta nuestros días como una ciudad considerable. Pero también su posición natural es de aquellas que el comercio no podía descuidar: ya en los tiempos protohistóricos, Homero recogía los dichos de los marinos para mencionar el fondeadero resguardado por el islote de Pharos. En este punto se halla una de las primeras radas naturales, á la extremidad occidental de la larga curva de playas inciertas que se desarrolla ante el Nilo y el desierto hasta las costas de Siria. Y este puerto, que los ingenieros que siguieron á Alejandro, pero sobre

todo los de los Ptolomeos, los sucesores del Macedonio, pudieron arreglar fácilmente con muelles y malecones, se hallaba próximo á

N.º 171. Alejandría de Egipto y el Nilo.



1: 500 000

0 5 15 30 Kil.

la rama canópica del Nilo: prácticamente la ciudad nueva poseía las ventajas [reunidas de un lugar de comercio á la vez marítimo y fluvial;

parecía haber sido fundada según los consejos de los Griegos de Naukratis, que se proponían poseer el gran puerto marítimo en la proximidad del brazo del Nilo, sobre el que estaba edificada su ciudad. Además, hallándose Alejandría más al Este, cerca de la excelente rada de Abukir, hubiera presentado las mismas ventajas para el comercio y la navegación ¹.

Después de la muerte de Alejandro, los fragmentos desprendidos del inmenso territorio conquistado tuvieron, lo mismo que las ciudades fundadas por él, los destinos más diversos, y la Grecia propiamente dicha fué arrastrada en el torbellino de las revoluciones y de las guerras que removía los reinos de nueva formación, tratando de rehacerse según las antiguas afinidades de tradiciones, de cultos, de razas y de lenguas. La situación se hizo tanto más grave cuanto que el brillo deslumbrador causado por la conquista del mundo conocido y la súbita aparición de la India enloqueció á todos los ambiciosos, exaltó á todos los aventureros y suscitó en cada ciudad imitadores de Alejandro.

Otro gran peligro provenía del diluvio de dinero que cayó sobre Grecia y que tuvo por fatal consecuencia la desigualdad de las fortunas: monopolio de grandes riquezas en algunas manos y correspondiente empobrecimiento de las multitudes. Los males que siguieron al enriquecimiento de Atenas en la época de Pericles se agravaron singularmente. Demóstenes pudo decir que «unos enriquecidos compraban todas las tierras, mientras que á su lado el mayor número de los ciudadanos ni siquiera tienen asegurada la vida del día siguiente» ²; pero mayor desastre para Grecia fué la toma de posesión por Alejandro de los prodigiosos tesoros reunidos por los reyes de Persia: una masa de lingotes correspondiente á unos dos mil millones fué monetizada por los Griegos, se acumuló en manos de los ricos y corrompió la nación ³. Ocurrió entonces una revolución económica comparable á la que se produjo, dieciocho siglos después, cuando los reyes de España vieron afluir á sus puertos los galeones cargados con los despojos del Nuevo Mundo. Tal era el fin necesario de una

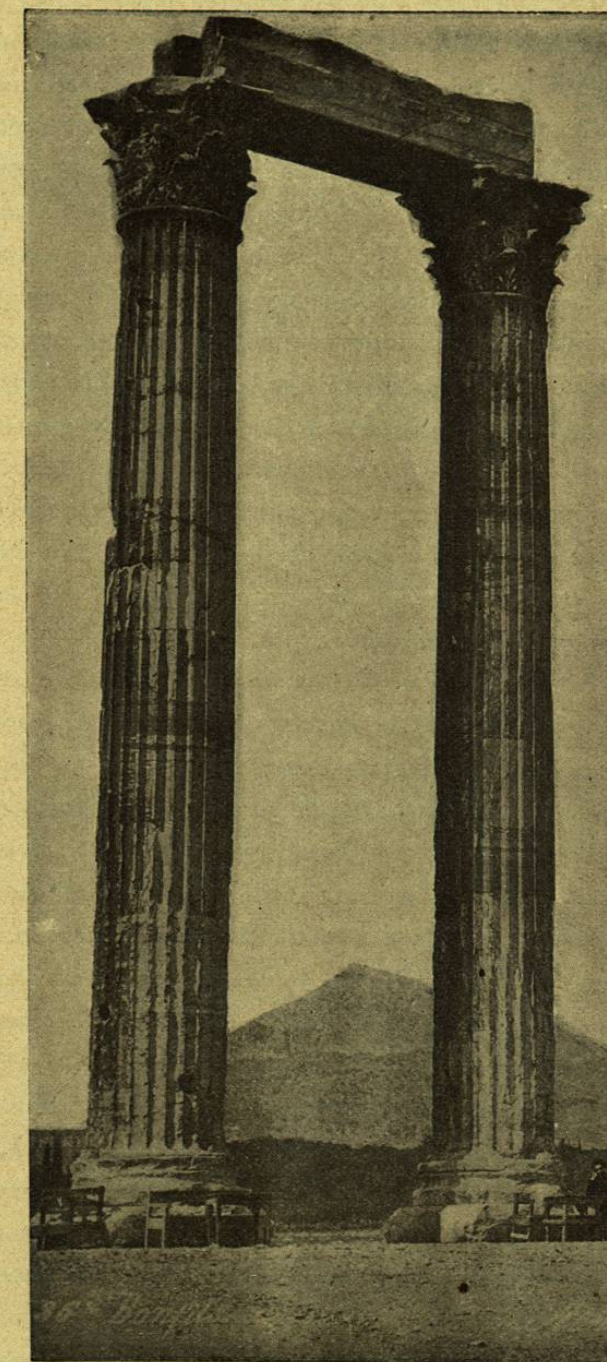
¹ J. P. Mahaffy, *The Empire of the Ptolemies*, p. 11.

² *Troisième Olynthienne*, § 24 y siguientes.

³ Louis Theureau, *Revue scientifique*, 1897, t. II, p. 520.

evolución económica cuya palabra de orden proverbial era: *Χρήματ' ἀνίηρ*, «el dinero hace al hombre».

La pobreza de la gran masa, comparada con la riqueza de algunos, y la repugnancia de una vida sin libertad produjeron un desaliento general, que, según Polybio, se manifestó por el celibato y la disminución voluntaria del número de los hijos. El país se despobló aún en los períodos en que no había guerras ni epidemias. «Los hombres, no los dioses, eran los únicos culpables, puesto que se negaban á casarse, y cuando se casaban, no se ocupaban de educar sus hijos, sino uno ó dos, que, á la muerte de sus padres, heredaban toda la fortuna». Toda decadencia se manifiesta por los mismos síntomas. Sin embargo, la potente vitalidad que hizo nacer la civilización griega es-



Cl. Bonfils.

ATENAS, COLUMNATA CORINTIA DEL TEMPLO DE ZEUS PANHELENIO, SIGLO II DE LA ERA VULGAR